

¿Cultura vs. televisión?

Para quienes desde la enseñanza o desde el ejercicio profesional (en mi caso desde ambos territorios) nos preocupamos del análisis de los medios de comunicación en el ámbito audiovisual, a estas alturas del desarrollo tecnológico y del impacto social de esos medios, es una obligación preguntarnos sobre las causas del actual divorcio entre la televisión y la cultura. En principio, es verdaderamente sorprendente que un medio que nació con todas las condiciones a su favor para convertirse

en una formidable herramienta de divulgación cultural, y que en sus primeros años apuntaba hacia ese objetivo como una de sus prioridades, haya prácticamente erradicado de sus contenidos de programación (si exceptuamos algunos espacios puntuales de algunas cadenas públicas) todo aquello que se pueda identificar como cultura. Esta contradicción es lo que me ha llevado a titular uno de mis trabajos sobre el tema como de «relación de conflicto»¹.

Recordemos aquí que el carácter de servicio público con el que nació la televisión en Europa después de la Segunda Guerra Mundial hizo que las fuerzas ideológicas, tanto gobernantes como de oposición, en los distintos países (democracia cristiana, liberalismo y socialdemocracia fundamentalmente, con la influencia en ocasiones de los partidos comunistas de la Europa occidental), todas ellas de vocación didactista, propiciaba que pensasen en la utilización de la televisión como un importante medio de ayuda a los sistemas educativos de los diferentes países en una Europa económica y socialmente devastada. Este planteamiento favoreció la aparición de programas culturales en las programaciones de esos

FRANCISCO PASTORIZA
*Periodista y Profesor de
Información Audiovisual
de la UCM*

primeros años en las televisiones europeas, si bien el carácter didáctico de la orientación favorecía los contenidos de alta cultura, complementario de los currículos pedagógicos de los sistemas educativos. Además, la cultura popular era portadora de incómodas reivindicaciones sociales y políticas y el papel asignado a la audiencia era la de ser receptora y no protagonista ni productora de cultura. El acceso a la televisión de creadores de cultura, artistas, escritores y músicos, intelectuales en general, muy frecuente en esos primeros años, tenía el tono pedagógico de la transmisión de

enseñanzas culturales de quienes acumulan saberes a quienes carecen de ellos. Y hay que advertir asimismo de las censuras que se ejercían sobre los creadores e intelectuales antisistema y sobre los disidentes políticos. Pero quede aquí de manifiesto que los contenidos culturales de aquellas primitivas programaciones en la historia de la televisión en Europa acogían una preocupación nada desdeñable por el hecho cultural y por sus manifestaciones. Es curioso, por lo tanto, que la liberalización comercial de la televisión y su consiguiente desregulación, en la que la opinión pública había puesto una gran parte de sus esperanzas de enriquecimiento en relación con los contenidos televisivos, hubiera supuesto, por el contrario, su empobrecimiento, impulsadas las empresas, también las públicas, por una salvaje competencia para

¹ Rodríguez Pastoriza, Francisco. *Cultura y televisión. Una relación de conflicto*. Barcelona: Ed. Gedisa, 2003.

distancia

¿Cultura vs. televisión?

mantener unos niveles de audiencia que les permitieran una cómoda financiación.

LA CULTURA, UN NUEVO GÉNERO DE TELEVISIÓN

La presencia de la cultura en las televisiones europeas (no vamos a extendernos aquí a los Estados Unidos, el otro modelo hegemónico mundial) ha sido uno de los fenómenos más interesantes de análisis del medio en relación con la programación y el nacimiento de nuevos géneros televisivos. Fenómenos como el de los presentadores Bernard Pivot en Francia, con programas como *Apostrophes* y *Bouillon de culture*, o el de Marcel Reich Rannicki en Alemania, con *El cuarteto literario*, son ejemplos de hasta dónde se puede llegar en contenidos, creatividad, impacto social e interés didáctico con programas realizados por buenos profesionales y en los que la imaginación y la puesta en escena no necesitan de grandes inversiones económicas para ser social, e incluso económicamente, rentables. Algunos países han introducido en sus legislaciones argumentos que obligan a televisiones públicas y privadas a destinar una parte de su programación para un mínimo de ofertas culturales. Sin necesidad de esta obligatoriedad, en España la cultura ha estado presente de una u otra forma en la televisión desde sus inicios. Durante la larga etapa de monopolio, TVE no tenía más problemas para programar espacios culturales que los de-

rivados de sus contenidos ideológicos. Aún así, los programas culturales estaban relegados a altas horas de la madrugada o a la Segunda Cadena, en horarios distintos al *prime time*, una tradición que se sigue manteniendo. Pero TVE siempre tuvo en sus programaciones algún espacio dedicado a la cultura, ya sea en forma de información, de adaptación o de creación y recreación. Programas de literatura como *Tengo un libro en las manos*, educativos como *Universidad TVE*, de manifestaciones artísticas como *Las Artes* o de adaptación, como *Teatro Club*, fueron pioneros en cada una de estas manifestaciones desde los primeros años de la historia de la televisión en nuestro país. Una tradición que alcanzó una perfección pocas veces reconocida con *Encuentros con las Artes y las Letras* y *Estudio 1* y una continuidad en títulos como *A fondo*, *Tiempo de papel*, *Tiempos modernos*, *Entre líneas*, *El nuevo espectador*, *El lector*, *La estación de Perpignan* o los más recientes *Negro sobre blanco*, *La Mandrágora* y *Metrópolis*.

Pero volvamos al principio. ¿Por qué la televisión y la cultura han de estar en conflicto? ¿De

El acceso a la televisión de intelectuales en general, muy frecuente en aquellos primeros años, tenía el tono pedagógico de la transmisión de enseñanzas

dónde ha venido a instalarse la idea de que los contenidos televisivos no han de contemplar la posibilidad de integrar la cultura como uno de sus componentes más destacados? ¿Cómo es posible que se niegue a la cultura el derecho a una presencia digna y permanente, a una presencia siquiera, en las programaciones de las distintas cadenas de televisión? Esto es aún más sorprendente cuando, si analizamos las aspiraciones de las audiencias de televisión, llegamos a la conclusión de que los espectadores exigen programas de televisión dignos, series y películas de calidad, documentales y programas de servicio público, informativos plurales y objetivos y programas culturales, además, naturalmente, de espacios de entretenimiento.

Una visión panorámica a la programación de las televisiones en estos últimos años da como resultado que la oferta de todas las cadenas, también de las públicas en buena medida, ha ido en sentido contrario a esa voluntad de los espectadores: han predominado los espacios calificados como telebasura y toda su amplia gama de géneros (*talk-show*, *reality-show*, *teleserialidad*, etc.); los programas rosa, en los que personajes del mundo del corazón y de dudoso comportamiento ético reciben un tratamiento como modelos sociales, en ocasiones, alarmantemente imitados; los reiterados contenidos violentos en series, películas y dibujos animados; una exagerada presencia de informaciones sobre crímenes y sucesos; un sobrevalorado prota-



distancia

Sociedad e Información

gonismo del fútbol en la información deportiva, etc., mientras que otro tipo de contenidos, aparentemente preferidos por las audiencias (o que al menos tienen un significativo y potencial *share* de seguidores) se relegan a horarios marginales o son prácticamente inexistentes.

En cuanto a la presencia concreta de contenidos culturales en la programación de las cadenas de televisión, hay que advertir una sorprendente relación de conflicto que es, además, muy grave por lo que tiene de proyección de una falsa imagen social. La televisión tiene una función de enorme responsabilidad cultural, cual es la de proyectar la imagen de un país, de sus actividades y de su personalidad. Refleja en buena medida los contextos históricos, políticos, sociales, económicos y culturales en los que se desarrolla su masa social. Es de dominio común que en España y en cada una de sus comunidades autónomas, en las ciudades sobre todo, pero también en muchos pueblos, existe una bulliciosa actividad cultural que abarca aspectos relacionados con la alta cultura, pero también con las diversas manifestaciones de la cultura de masas y con las actividades, creaciones y recreaciones de la cultura popular.

Mientras las páginas de los periódicos y de las revistas de información general recogen en buena medida una parte considerable de esta actividad cultural, de una riqueza impagable y que refleja el estado de la vida creativa y cultural de nuestra comunidad, la televisión apenas se

hace eco de una mínima parte de esta riqueza activa de la cultura de un pueblo y de sus habitantes, y casi siempre enfocada desde conveniencias e intereses políticos o industriales, o con la finalidad de privilegiar a determinados organismos o a instituciones próximas a los poderes públicos o privados. Si alguien pretendiera tener una visión panorámica del país a través de la televisión o estar informado en relación con lo que ocurre verdaderamente en España y en el mundo en relación con la cultura, llegaría a la conclusión de que la actividad cultural es apenas inexistente, excepción hecha de algunas películas protagonizadas por estrellas de Hollywood o del último éxito de un cantante pop: que la cultura no existe en un país en el que, por el contrario, la historia y el patrimonio presentes y pasados demuestran que en todas las épocas ha estado siempre en la vanguardia de una gran parte de las manifestaciones artísticas y culturales.

Hay todavía un tercer conflicto entre la televisión y la cultura, que atañe esta vez a algunos de los intelectuales y creadores en relación con el medio. En algunas instancias es aún de buen gusto presumir de no

La televisión tiene una
función de enorme
responsabilidad cultural
cual es la de proyectar
la imagen de un país, de
sus actividades, etc.

tener aparato de televisión en casa, o manifestarse en contra de la televisión como medio capaz de transmitir o de crear cultura. Son aquellos apocalípticos, en la vieja y acertada terminología de Umberto Eco, para quienes la televisión es un arma de destrucción social antes que esa formidable herramienta capaz de llevar la cultura, la formación y la información allí donde nadie había podido hacerlo de tal modo en ninguna época anterior de la historia, ni siquiera los más sofisticados y elitistas sistemas educativos. Sólo hay que reflexionar acerca de los contenidos de algunos documentales sobre diferentes aspectos de la naturaleza, las artes y las ciencias, para llegar a la conclusión de que no se había conseguido anteriormente un grado tal de acercamiento y difusión de determinados conocimientos hasta la llegada de la televisión. No sería exagerado afirmar que una gran parte del mérito de que la actual sociedad sea una de las más y mejor formadas de toda la historia de la humanidad es en parte debido a los conocimientos, aunque mínimos, transmitidos a través de la televisión. Cabe preguntarse cuál sería el nivel de esta sociedad si este medio se impusiera la obligación de una mayor presencia de la cultura y la educación en sus programas.

LAS DIFICULTADES DE LA CULTURA EN LA TELEVISIÓN

Desde siempre, la televisión se ha enfrentado a importantes

distancia

¿Cultura vs. televisión?

adversarios a la hora de introducir la cultura entre sus contenidos. Uno de ellos es la rentabilidad comercial, ya que la cultura no suele atraer a audiencias millonarias, que son las que a su vez atraen a las marcas publicitarias que financian las empresas audiovisuales. Si bien las televisiones privadas están en su derecho de utilizar este argumento como excusa ante la dudosa rentabilidad económica de los programas culturales, ésta no debiera ser una dificultad decisiva para las televisiones públicas, para las que la rentabilidad debiera estar en lo social y en el servicio público, antes que en lo económico. La otra dificultad apela a la capacidad creativa e imaginativa de los programadores y de los responsables de los espacios culturales para llevar a la pantalla la sofisticación de las artes, las letras y los contenidos de calidad. Existen actividades pretelevisivas que parten con ventaja para adecuarse a las condiciones del medio. Las imágenes de acción, el cine y la ficción, todo lo que tenga previamente algunos de los componentes del espectáculo, la información sobre accidentes y tragedias, la heterodoxia y la provocación, son componentes que se admiten más fácilmente por parte de los telespectadores, frente a determinadas actividades como la política, la economía, la información literaria, que tienen su fuerza, más en sus contenidos que en el espectáculo de sus imágenes, y exigen tratamientos más atractivos en su puesta en escena. Esta dicotomía se da también en la propia programación

cultural, donde el arte, el cine o el teatro parten con ventaja frente al ensayo, la poesía y la literatura en general.

Hay que señalar también, al margen de los programas propiamente culturales, la presencia de la cultura diseminada en la programación no estrictamente cultural. Es el caso de los telediarios, que recogen exclusivamente contenidos culturales relacionados con lo que se considera que es noticia. La duración estricta de los programas informativos es una de las causas que marginan la información cultural, casi nunca considerada como prioritaria dentro de los contenidos informativos, hasta el punto de que los servicios informativos de las redacciones de algunas televisiones, ni siquiera contemplan un área dedicada a la información cultural, absorbe ésta en la genérica *cultura y sociedad*. En cuanto a la ausencia de la cultura en otro tipo de programas, hay que denunciar el absoluto desentendimiento en este sentido por parte de los realizadores y guionistas ante la pérdida de una oportunidad única. Citaré aquí como ejemplo la actitud de un adolescente protagonista de una conocida serie de televisión americana, que en uno de

La televisión se ha
enfrentado a importantes
adversarios a la hora
de introducir la cultura.

Uno de ellos es la
rentabilidad comercial

los episodios accedía a una biblioteca para solicitar una determinada obra clásica de literatura. Al día siguiente, las librerías advirtieron una demanda inusual de este título por parte de adolescentes seguidores de la serie. En similares productos de la televisión española, por cierto cada vez más frecuentes en la ficción de producción nacional, la relación con los libros, el arte, la música clásica y otras manifestaciones culturales de sus jóvenes y adolescentes protagonistas es prácticamente nula, a excepción de la alusión a los manuales de las asignaturas que estudian, con los que mantienen una relación de pesada obligación o, cuando menos, de ambigüedad.

Y no digamos de la relación con la cultura de los protagonistas adultos, que es sencillamente inexistente. No hay que negarles a estas series otros méritos, como el de la mentalización de progreso y la liberalización de las costumbres, la manifestación de actitudes solidarias, etc., pero no estaría de más que la presencia de inquietudes culturales entre los jóvenes españoles quedase reflejada también en estos productos de ficción. A quienes veíamos en los años sesenta las películas de François Truffaut y de los realizadores de la *nouvelle vague* francesa, siempre nos llamaba la atención la presencia de jóvenes lectores entre los protagonistas, a diferencia de los de las películas españolas, en las que únicamente a veces aparecía un señor mayor leyendo el *Arriba*. Recuerdo la sensación de sorpresa y de satisfacción cuando en *Nue-*



distancia

Sociedad e Información

ve cartas a Berta, de Basilio Martín Patino, observé en un anaquele de la habitación del joven protagonista algunos ejemplares reconocibles de la vieja colección Austral, de Espasa. Tengo el convencimiento y la experiencia de que la relación entre los jóvenes estudiantes españoles y los libros (o el arte, la música clásica, el teatro...) no es tan inexistente como reflejan los guiones de esas series protagonizadas por adolescentes.

UNA TELEVISIÓN PARA EL FUTURO

En la actualidad, los nuevos gobernantes y los responsables institucionales del país parece que han caído en la cuenta de que la televisión existe también para potenciar el papel cultural de una sociedad abierta y democrática. Aparecen ahora nuevos planteamientos en la voluntad de los responsables políticos, en el sentido de que la televisión sirva para algo más que de soporte para reproducir estrategias de gobierno, que la utilidad del medio supere la de ser sólo un medio de entretenimiento para el tiempo de ocio y un aparato de propaganda política en sus contenidos informativos. Que sea también para recoger y divulgar la riqueza creativa del país y ser el propio medio un elemento más de creación de cultura. Se habla, al fin, de una presencia importante de la cultura en la televisión.

La sociedad actual camina hacia un modelo en el que el tiempo libre va a ser el marco

principal en el que se desarrollen las relaciones de todo tipo. El tiempo libre cada vez se incrementa a través de factores como la progresiva reducción de la jornada laboral, la jubilación anticipada, los periodos de paro, etc.. Ya Baudrillard había advertido hace años que el verdadero tiempo de realización para el hombre es el tiempo libre.

En este contexto, los medios de comunicación están destinados a tener un papel muy importante en la ocupación de los ciudadanos. De ahí la importancia del nuevo modelo cultural derivado de la industria de los medios de comunicación de masas y fundamentalmente de la televisión. Estamos ya asistiendo a una lucha titánica entre las empresas de la industria del ocio por dominar la hegemonía del tiempo libre. En este contexto, hay que reivindicar para las empresas públicas unas políticas del ocio con objetivos formativos y de creatividad ante las estrategias de las industrias comerciales que ofertan la cultura como una simple mercancía sujeta a las leyes económicas del mercado de consumo. Si los contenidos de las diferentes televisiones continúan en la di-

rección a la que asistimos actualmente, el tiempo libre va a ser conquistado por actividades que, lejos de liberar al individuo, lo someten a imperiosas obligaciones consumistas. Y la televisión tiene aquí un reto y un importante papel que cumplir, una considerable responsabilidad en sus propuestas y en los contenidos de sus espacios, que pueden influir en los gustos culturales de grandes audiencias, teniendo en cuenta, además, que el hecho audiovisual es el espacio central y hegemónico de la cultura actual y de que, para una gran parte de las sociedades, la imagen audiovisual es el sustituto dominante de la realidad.

Así pues, una televisión que quiera contemplar la presencia de la cultura y la educación entre sus contenidos, más allá de una declaración voluntarista de intenciones, ha de poner los medios para que este propósito sea una realidad. Y una de las iniciativas debiera ser la de trasladar el concepto de *excepción cultural* también a los contenidos televisivos, para reforzar la idea de que no es competencia de los mercados decidir el destino de los bienes culturales. Algunos pensadores y responsables políticos han llegado a solicitar la presencia de la cultura en la televisión como una obligación del Estado, al mismo nivel que tiene como tal la educación o la sanidad. La filósofa Catherine Clément, a quien el Ministerio de Cultura francés encargó un informe sobre la televisión en aquel país, señalaba que si los poderes públicos consideran que la tele-

En la actualidad, los
nuevos gobernantes y los
responsables institucionales
del país parece que han
caído en la cuenta de que
la televisión existe

distancia

¿Cultura vs. televisión?

visión es sólo un medio de entretenimiento no se entiende bien por qué el Estado tiene que financiarla y si, por el contrario, se considera un medio de educación, de formación y de cultura, es una obligación del Estado ocuparse de su financiación. Sea como fuere, y al margen de las fórmulas que los diferentes gobiernos apliquen para el funcionamiento de sus televisiones públicas, es evidente que la televisión como medio de influencia social y cultural es de-

masiado importante como para dejarla en manos de las fluctuaciones del mercado.

BIBLIOGRAFÍA

- BUSTAMANTE, Enrique (2002): *Comunicación y cultura en la era digital*. Barcelona: Gedisa.
- ECO, Humberto (1981): *Apocalípticos e integrados en la cultura de masas*. Barcelona: Lumen.
- GOMBRICH, Ernst (2004): *Breve historia de la cultura*. Barcelona: Anagrama.
- GONZÁLEZ QUIRÓS, José Luis (2003): *Repensar la cultura*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias.
- LIPOVEDSKY, Gilles (2004): *Metamorfosis de la cultura liberal*. Barcelona: Anagrama.
- MILLER, Toby & YUDICE, George (2004): *Política cultural*. Barcelona: Gedisa.
- PÉREZ JIMÉNEZ, Juan Carlos (1996): *Imago mundi. La cultura audiovisual*. Madrid: Fundesco.
- WOLTON, Dominique (1990): *Elogio del gran público. Una teoría crítica de la televisión*. Barcelona: Gedisa.

